



PRÓLOGO

El despertar

La luz me cegó.

No entendía dónde estaba. Todo era blanco, un blanco brillante y doloroso que quemaba los ojos.

Un pitido agudo, incisivo y monótono llenaba el aire. Y detrás, en una aparente distancia que se sentía demasiado cercana, un murmullo... como si el mar hablara en secreto con un viento silencioso.

Intenté mover los dedos, pero me parecían de piedra. Apenas logré un leve temblor en la mano. El esfuerzo me agotó y un calor metálico me subió a la frente.

—Mi amor...

La voz. Esa voz, tan cálida, suave, sutil. Un susurro que era a la vez súplica y refugio. —Mi vida, por favor... mírame...

Quise con toda mi alma hacerlo, aferrarme a tus ojos para no desvanecer, para seguir aquí un instante más. Pero mi cuerpo estaba anclado en la cama, convertido en mármol helado, y hasta mis ojos se negaban a obedecerme. Intenté alzar la voz, romper el silencio con una palabra, aunque fuera un susurro. Quise responder. Decir: estoy aquí, no llores, no te vayas. Pero nada salió. Solo quedaba dentro de mí un eco seco, una garganta agrietada como un desierto abandonado.

Sentí una mano tibia que tomó la mía con fuerza.

El pitido del monitor empezó a sonar más rápido, o tal vez era mi corazón. O ambos.

—Te amo... —la voz se quebró. Esa voz. Tu voz. La reconocería entre mil, entre todas.

Intenté girar la cabeza. Un esfuerzo mínimo que se sintió como escalar una montaña. Logré ver un contorno, una sombra que respiraba cerca de mí. Sentí tu aroma, dulce y familiar, y por un instante el caos cedió. Quise hablar nue-

vamente, pero no pude. Quise llorar, pero mis ojos permanecieron secos. Quise gritar, liberar la tempestad que me atravesaba: un torbellino de miedo, frustración y soledad que no daba tregua.

Mis ojos, todavía pesados, empezaban a enfocar a destellos. Veía y perdía, como si cada parpadeo me devolviera a la oscuridad antes de poder asimilar nada. La claridad era insoportable, un resplandor hiriente que se abría sobre mí. Entonces lo distinguí: un techo demasiado alto, difuso al principio, suspendido en esa luz blanca que lastimaba. Un olor extraño me rodeaba, mezcla de desinfectante y metal oxidado. Sentí el roce áspero de una tela contra mi piel inmóvil. Todo estaba allí, tan real... y al mismo tiempo tan distante.

Lo peor era la certeza de estar atrapado en mí mismo. Quise mover un dedo, un brazo, cualquier cosa. Nada respondía. El cuerpo era una prisión sellada y yo, un rehén dentro. Esa impotencia me desesperaba más que el dolor: la simple verdad de no tener control sobre mis propias acciones.

Y entonces, debajo de todo eso —el calor de esa mano, el amor de esa voz, la luz que quemaba mis ojos—, sentí un frío que me envolvía. Un cúmulo de emociones y visiones se mezclaba dentro de mí, confundiendo sueño y recuerdo, como si fueran lo mismo.

Aparecieron destellos, fotogramas quebrados que se sucedían demasiado rápido: luces, sombras, árboles y cerros que pasaban entrecortados. Todo vibraba, desordenado, como si el tiempo se hubiese roto en fragmentos. El olor a lluvia fresca, la humedad, la sensación de un trayecto en movimiento. Y al fondo, apenas insinuado, algo que sentí como una salida de aquel lugar. No tenía forma clara, ni rostro, ni nombre. Era solo la intuición de que más allá de esa sucesión caótica debía existir un respiro, un escape.

Ese último destello me recorrió como un escalofrío. No podía moverme, pero sentía cómo mi cuerpo cedía poco a poco.

No quería dormir, pero mis ojos se cerraban con un peso imposible. Cada parpadeo era más lento, como si me hundiera en un agua espesa.

Me fui desvaneciendo, con un temor que no sabía nombrar: el miedo a que, al cerrar los ojos, me arrastrara de nuevo a aquel lugar difuso de sombras y visiones. El cansancio me venció, y lo último que cruzó mi conciencia fue la intuición de que, en algún punto del trayecto, aguardaba algo que debía enfrentar antes de continuar, aunque no supiera si era un recuerdo, un sueño o una verdad.

A misty forest scene with tall, slender trees. A person is visible in the distance, walking away from the viewer down a path. The atmosphere is hazy and ethereal.

CAPÍTULO I

La penumbra

El frío fue lo primero.
Un frío que se le metía en los huesos, que parecía brotar de la tierra misma. Estaba tendido sobre una cama de hojas húmedas, ramas y piedras.

Abrió los ojos. Intentó moverse, pero su cuerpo pesaba como piedra. Un zumbido sordo le llenaba los oídos.

Trató de enfocar la mirada, pero todo era oscuridad y un caos de figuras apenas distinguibles. Una bruma gris, espesa, flotaba entre los árboles que se alzaban como espectros torcidos, negros, recortados contra un cielo inexistente. No sabía dónde estaba.

Al intentar incorporarse, sus manos se hundieron en un lecho de hojas húmedas y esponjosas que se pegaban a las palmas como si quisieran retenerlo allí. La tierra estaba fría, empapada, y desprendía un olor agrio a madera añeja y lluvia vieja. Los troncos alrededor se erguían como columnas infinitas, y cada crujido de ramas secas bajo su peso era devorado por un silencio tan denso que parecía absorber hasta el aire mismo.

Entonces creyó percibir un movimiento en el rabillo del ojo: una sombra que se deslizaba entre los troncos. Giró apenas la cabeza para enfocar... y en ese mismo instante, otra silueta se agitó al lado opuesto, obligándolo a dudar de lo que realmente veía. Un murmullo extraño, parecido al roce del viento, lo hizo contener el aliento. No sabía si eran pasos, voces o solo su mente tratando de dar sentido al vacío.

—¡Eh! —La voz lo sacudió como un trueno, cortando de raíz el silencio. Le costó distinguir de dónde provenía—. ¡Aquí! ¡Lo encontré!

Las sombras se volvieron más nítidas, transformándose en siluetas que emergieron de la bruma. Se movían con prisa, urgentes, aunque con una torpeza extraña, como si cargar con sus

propios cuerpos fuese también un esfuerzo. Lo tomaron de los brazos y lo levantaron a medias; su cuerpo apenas obedecía, pesado, sin voluntad propia.

—¡Rápido, levántate! —tronó una voz en la penumbra, y dos manos lo sujetaron con brusquedad.

Sintió la presión áspera de unos dedos clavándose en sus brazos, la humedad de la tela que lo rozaba, el golpe seco de sus propios pies al chocar contra el suelo. Trató de girar la cabeza, de ver quién lo sostenía, pero antes de lograrlo ya estaba erguido, tambaleante, sostenido más por la fuerza ajena que por la suya. El mundo giraba a su alrededor: respiraciones agitadas, pasos que crujían sobre ramas húmedas, ráfagas de aire helado que le quemaban el rostro. Todo sucedía en un instante atropellado, imposible de asimilar.

—La niebla empieza a bajar, no hay tiempo...
—apremió otro, tirando de él con brusquedad.

Intentó hablar, preguntar qué estaba ocurriendo, pero la confusión en su mente le ahogó la voz. Los labios le temblaban. Las piernas se arrastraban más que caminaban, cediendo solo porque otros lo sostenían. Cada respiración se

volvía un jadeo corto, y cada paso, un movimiento prestado que no le pertenecía.

—¿Qué... qué está pasando? —logró balbucear al fin, mientras buscaba con la mirada los ojos de alguien que le diera una respuesta. Nadie le prestó atención; las palabras parecían romperse en el aire.

Uno de los hombres lo miró de reojo, apenas visible en aquella penumbra. —¿Qué pasa? —repitió, con un amago de sonrisa triste—. Qué más da. Si ni siquiera recuerdas tu nombre, ¿verdad?

El recién llegado bajó la mirada y, de pronto, comprendió: no recordaba quién era.

—No... no lo sé.

—Entonces serás Nicolás —dijo otro, encogiéndose de hombros—. Tienes cara de Nicolás. —Menos charla y apuren el paso —agregó el que lo sujetaba del brazo derecho.

Avanzaron unos metros más y, entre la bruma, alguien gritó con fuerza:

—¡Aquí hay otro!

Un cuerpo se agitaba débilmente entre las hojas. Lo levantaron como pudieron, tamba-

leante, con los ojos perdidos en el vacío. Apenas murmuraba algo ininteligible.

Más adelante, otra voz se alzó, ronca por el esfuerzo:

—¡Aquí! ¡Otro más, rápido!

Una mujer estaba de rodillas, intentando incorporarse sin éxito. Tenía la ropa rasgada y las manos cubiertas de barro. Dos hombres la sujetaron de los brazos y la integraron a la fila.

—¡Apresúrense! —bramó uno de los que tiraba de Nicolás—. ¡La niebla baja más rápido que nosotros!

El grupo se movía torpemente, tropezando unos con otros. Cada nuevo hallazgo era un alivio y un peso al mismo tiempo: más vidas que salvar, más cuerpos que arrastrar a través de esa bruma. El aire se volvía más espeso a cada paso, llenándoles la boca con un sabor metálico y húmedo.

Otra persona más apareció a un costado del sendero, tendido de espaldas con la mirada fija en el cielo invisible. Un rescatador se agachó de inmediato.

—¡Este aún respira! ¡Levántalo!

Los incorporaron a la marcha, que se transformó en una procesión desesperada de jadeos, gritos y pasos que parecían no avanzar. Pero tropezaba sin parar, y no solo porque su cuerpo no respondiera: se resistía a ser arrastrado. Se soltaba de las manos que intentaban sujetarlo, demasiado desconfiado para entregarse al grupo.

—¡No te quedes atrás! —le gritó alguien, extendiendo un brazo.

El hombre no intentó correr. Dio apenas unos pasos torpes y la niebla lo cubrió como una ola que lo devoraba entero. Su silueta se borró en segundos, sin un sonido, sin un grito final. Lo último que quedó de él fue la mirada alzada, teñida de un desdichado arrepentimiento.

El caos se desató. El aire se volvió irrespirable, cargado, como si el bosque entero se cerrara sobre ellos. Las voces se mezclaban en un coro desesperado:

—¡Sujétense fuerte!

—¡Uno detrás de otro, no se suelten!

—¡Corran, corran!

El mundo se redujo a manos que tiraban de brazos, a cuerpos empujados a ciegas, a gritos que parecían rebotar contra un muro invisible. La niebla descendía como un telón, borrando cada resquicio de claridad. La claustrofobia los apretaba desde dentro, como si toneladas de aire sólido los aplastaran contra el suelo.

Siguieron avanzando hasta que, entre la bruma, comenzaron a perfilarse formas rectangulares, apenas más oscuras que el entorno. Al principio parecían sombras, como si el bosque inventara figuras para engañar sus ojos. Pero poco a poco, las líneas se hicieron más claras: paredes de madera húmeda, techos bajos, puertas cerradas a cal y canto. Eran cabañas. Un pequeño grupo de ellas, ocultas en la espesura como si siempre hubieran estado allí, esperando.

La visión tuvo algo de irreal, como un espejismo surgido en medio del caos. Para Nicolás, cada paso era un golpe seco de desesperación: ¿eran reales o una trampa más de la niebla?

El recién bautizado miró hacia atrás. El bosque se hundía en la bruma a una velocidad aterradora. Entre los troncos juró oír algo... un murmu-

llo, un grito ahogado... o quizá solo el viento atrapado en los árboles.

Los rescatadores no dudaron. Se lanzaron hacia la primera cabaña. Empujaron la puerta con violencia, y todos entraron de un tirón. Las tablas crujieron bajo el peso de los cuerpos. En cuanto estuvieron dentro, alguien cerró con un golpe seco que resonó como un cañonazo en la oscuridad.

Nicolás cayó sobre un sofá raído, hundido en cojines húmedos por el tiempo. Sus rescatadores respiraban agitados, con las manos apoyadas en las rodillas. Afuera, la niebla golpeaba los ventanales como una marea viva, pegándose al vidrio, buscando fisuras por donde entrar.

El silencio cayó de pronto, pesado, sofocante. Solo quedaba el crepitar tímido de una chime-neá encendida desde hacía quién sabe cuánto. La sensación era contradictoria: un refugio, sí, pero también una celda donde el aire parecía demasiado denso, como si incluso el silencio quisiera devorarlos.

CAPÍTULO 2

Noticias de un
desastre

La imagen temblaba en la pantalla del televisor. Las cámaras aéreas mostraban un paisaje desolador: hierros retorcidos, vagones partidos en dos y un rastro de escombros que se perdía entre los árboles. El humo aún se alzaba en columnas delgadas hacia el cielo gris.

Una voz femenina narraba con un tono monótono.

—Estamos transmitiendo en directo desde las inmediaciones del Puente de Greywood, donde esta mañana un tren de alta velocidad de la línea NorthEastern Express se descarriló en el kilómetro 187. Según informes preliminares, el tren transportaba cerca de quinientas personas. Las labores de rescate comenzaron hace minutos y

se estima que continuarán durante las siguientes horas.

El sonsonete inexpressivo de las cifras tenía la cadencia de un informe de la bolsa de valores o la lista de precios de un supermercado.

La cámara hacía un paneo lento sobre el río estrecho que corría al pie del puente y el espeso bosque que lo rodeaba. Entre los árboles, apenas visibles, los rescatistas avanzaban hundiéndose en el lodo y apartando ramas rotas.

—Hasta el momento, se ha confirmado la muerte de 23 personas —continuó la presentadora, sin variar el tono, como si hablara de números de lotería—. Las autoridades piden cautela ante estas cifras, pues se espera que el número continúe aumentando. También se informó que la mayoría de las víctimas permanece sin identificar. Algunos cuerpos fueron hallados a gran distancia del lugar del impacto, lanzados por la violencia del descarrilamiento.

La cámara aérea, entretanto, seguía mostrando la amplitud del desastre. Poco después, el ruido del helicóptero se desvanecía al dar paso a una toma en tierra, donde un par de socorristas, con el rostro y la ropa marcados por el barro, cruza-

ban frente al lente con una camilla. La frazada cubría hasta la cabeza. Al fondo, las sirenas, algunos estallidos menores y los gritos se mezclaban en el caos del rescate.

—Los equipos médicos trasladan a los sobrevivientes a los hospitales más cercanos. Al igual que entre los fallecidos, también hay varios pasajeros en estado crítico que aún no han podido ser identificados.

La cámara realizaba un paneo desde tierra, aunque sin lograr abarcar la magnitud del desastre. La imagen se detuvo un instante sobre un vagón volcado, incrustado entre los troncos partidos de los árboles. El metal estaba desgarrado como una herida abierta, atravesado por un tronco que parecía plantado en su interior. El bosque, denso y sombrío, parecía devorar los restos del tren, reclamándolos para sí.

El noticiero comenzaba a repetir todo para quienes recién se unían a la transmisión. Tania dejó el control remoto sobre la mesa y sintió un nudo en el estómago. Corrió al teléfono.

Marcó el número de Erick.

Un tono. Dos. La contestadora automática: —El número que usted llama no se encuentra disponible o está fuera del área de servicio. Por favor, deje su mensaje.

Colgó.

Escribió un mensaje: Erick, por favor, respóndeme. Dime que estás bien. El texto se enviaba, pero no aparecía recibido.

—Puede que haya tomado el avión. Lo dijo esta mañana... si no alcanzaba el tren, iba a volar. En el avión tiene que apagar el móvil... puede ser eso... —murmuró en voz baja.

Encendió la laptop. Entró al sitio del banco. Revisaba el estado de cuenta en busca de un cargo reciente por la compra de un pasaje aéreo.

Nada. Ni un solo movimiento desde la madrugada.

Cerró los ojos un instante. La presentadora seguía hablando:

—A quienes recién se incorporan, repetimos: el tren NorthEastern Express 2150, salida a las 7:30 a. m. desde Estación Central con destino al distrito médico de Boston, se descarriló a las 9:05 a. m. aproximadamente, antes de cruzar el

Puente de Greywood. Aún reina el caos en el lugar. Las autoridades confirmaban 26 víctimas fatales, de las cuales muchas no han sido identificadas. Varios pasajeros fueron lanzados a gran distancia debido a la velocidad y violencia del accidente. Los equipos de rescate trabajaban entre los vagones y el bosque circundante.

El control remoto seguía sobre la mesa, olvidado, mientras Tania miraba el vacío con una sensación de ahogo. Los recuerdos se colaban, insistentes. Su mente buscaba anclas para no quedar a la deriva.

Se habían conocido a los dieciséis. Erick siempre había sido apasionado por la tecnología; ella, por la música. Se amaron como solo se ama a esa edad: sin medida, sin futuro, como si nada más importara. Pero la vida los separó. Él se fue a la universidad en Boston. Las llamadas se hicieron menos frecuentes. Las visitas, raras. Hasta que un día, simplemente, dejaron de buscarse.

Años después, por esas vueltas extrañas de la vida, se reencontraron. Él, divorciado, con dos hijos pequeños: Camila y Jake. Ella, con un trabajo que apenas la llenaba y un vacío que no

sabía nombrar. Fue como si el tiempo no hubiera pasado. El amor seguía allí, intacto, esperándolos.

Ahora planeaban casarse. Erick había partido esa misma mañana para cerrar un contrato importante: la venta de computadores especializados para monitores médicos. Era el comienzo de algo grande, quizás la oportunidad por la que había trabajado toda su vida. La noche anterior lo había dicho, abrazándola: «Cuando regrese, todo empezará de verdad».

Y ahora esto. El accidente. La incertidumbre.

Miró el reloj. Eran casi las diez. El corazón le latía con fuerza. Sin pensarlo más, tomó las llaves del auto. Greywood estaba a casi tres horas. No podía quedarse esperando. Tenía que ir.

Mientras conducía, la lluvia comenzaba a golpear el parabrisas. El repiqueteo de aquellas gotas gruesas y el vaivén del limpiaparabrisas marcaban el pulso de sus pensamientos. El trayecto se volvía un calvario de recuerdos, frustración y un grito contenido que no lograba liberar.

Cuanto más se acercaba al lugar, más se multiplicaban los vehículos de emergencia. Sus sire-

nas cortaban el aire, mezclándose con la lluvia. Ese ir y venir de luces de emergencia le provocaba aún más ansiedad.

Cuando por fin llegó, el paisaje era aún más sobrecogedor que en la televisión. Todo lo visible se sumaba a los rugidos de helicópteros sobre las cabezas, y sobre todo, ese olor. El aire olía a humo, a metal, a lodo... y a algo más, algo que Tania no quería identificar.

Dejó su vehículo estacionado en la berma, junto a la entrada improvisada de los equipos de rescate, y caminó entre el caos, buscando a alguien que pudiera darle respuestas. Se acercó demasiado a un puesto de campaña improvisado y un rescatista la interceptó. Era un hombre de rostro curtido por el sol, el uniforme manchado de barro, hollín y rastros de sangre.

—¡Señora! No puede estar aquí. —Al notar que Tania parecía en otro plano, repitió con más firmeza, aunque con amabilidad—. ¿Señora, está usted bien?

—Busco a mi... a mi prometido. Viajaba en el tren. Erick Ramos. No logro localizarlo. —Su mirada se perdía entre los vagones despedazados—. Por favor, ayúdeme.

Fue entonces cuando reparó en el gafete colgado del uniforme: Sargento Michael Reeves. El hombre bajó la mirada y se cubrió la frente con la mano, como si intentara apartar el lodo, el sudor y el peso del momento para encontrar una palabra más humana.

—Voy a ayudarla en lo que pueda. Pero no puede estar aquí. Debe quedarse tras la línea de seguridad, detrás de las ambulancias. —Le indicó con la mano el lugar—. Y debe saber que aún hay muchos pasajeros sin identificar. Algunos fueron trasladados a hospitales. Otros... —suspiró— seguimos buscándolos.

Tania asintió, luchando por no dejarse vencer por el llanto.

—Perdón... pero estando allá atrás no podré resistir la angustia. Por favor... necesito saber si Erick está vivo. —Lo dijo con tal desgarró en la voz que conmovió al rescatista.

El sargento Reeves vaciló un segundo, y luego de una pequeña pausa, en un acto de empatía, asintió.

—Venga conmigo. Vamos al puesto de comando. Revisaremos las listas de evacuados. Y

luego... si quiere... puede acompañarme. Pero le advierto que lo que verá no será fácil.

Mientras caminaban, Tania no apartaba la vista del bosque que bordeaba la vía. Ese bosque que parecía tragarse los restos del tren. Ese bosque que parecía vivo, como una criatura saciada que descansaba después de alimentarse, y que le erizaba la piel.